

## **BOLIVAR, SAN MARTIN Y LA UNION AMERICANA**

*Por ENRIQUE DE GANDÍA*

Hace poco más de cincuenta años, el doctor José Pacífico Otero y un grupo de amigos fundamos el Instituto Sanmartiniano. De aquellos fundadores sólo sobrevive el conferenciante de hoy. Es una fecha, la de 1933, que señala un límite en los estudios sanmartinianos y bolivarianos. Hasta entonces existían las obras clásicas sobre Bolívar, bien conocida, y la famosa vida de San Martín escrita por Bartolomé Mitre. Otero superó aquella grandiosa obra con aportes que extrajo de los archivos europeos y americanos. Poco después, Ricardo Rojas publicó su simpático Santo de la Espada que aún hoy sigue siendo la vida más leída de nuestro Libertador. Hubo discusiones, que no han terminado ni terminarán nunca, en torno a unos documentos que unos historiadores consideran totalmente falsos y otros suponemos que son copias de cartas auténticas con firmas calçadas. Y todo ha seguido girando en torno a estos libros y algunas teorías, anticuadas y repetidas, que hacían un daño enorme a la historia americana. Estas teorías, por patriotismo sin sentido y, en especial, por una indiscutible ignorancia, presentaban a San Martín y Bolívar como a un protagonista y a un antagonista, dos rivales frente a frente, de los cuales uno era un sacrificado, que renunciaba a la gloria para evitar una imaginaria guerra civil, y el otro un ambicioso, egoísta, que imponía su persona por orgullo y afán de mando. Ricardo Rojas fue el primero en reaccionar frente a esta escena o presentación tristemente falsa y hasta ridícula. Yo aporté nuevos elementos de juicio para corroborar la exposición de Rojas y demostrar que la famosa entrevista de Guayaquil no dio como resultado una renuncia por la simple razón de que esta llamada renuncia estaba resuelta desde el instante en que San Martín se hizo cargo del gobierno en el Perú. Debía gobernar un año y nada más, hasta que se instalase un Congreso en Lima. En ese instante, San Martín debía entregarle el mando y retirarse. Todo esto, yo lo demostré, fue planeado cuatro meses antes de encontrarse San Martín con Bolívar. La leyenda de la renuncia se derrumbó para siempre.

Esta conquista histórica no explica el sentido de las vidas de San Martín y de Bolívar. Hay otros hechos que es preciso conocer para comprender sus espíritus, sus ilusiones y sus fines y los porqués de sus fracasos. Se trata de dos vidas tan ricas y complejas como existen pocas en el mundo. Ha llegado la hora, después de los cincuenta años de vida que tiene el Instituto Nacional Sanmartiniano, de re-veer ese inmenso proceso. Debo expresar mi reconocimiento al señor pre-

sidente del Instituto Nacional Sanmartiniano, el general Agustín Aguilar Pinedo, por el estímulo que me ha dado y el honor de haberme nombrado miembro honorario de la Academia Nacional Sanmartiniana. La patria agradece a los investigadores que buscan en el pasado las luces que deben iluminar el presente. Hay que disipar las viejas sombras, mostrar las verdades y enseñar la historia tal cual y no como se quiso que fuera. Para ello no basta ahondar una de estas dos grandes vidas. Es preciso conocer a fondo las dos. Una es el complemento de la otra en este escenario inmenso de nuestra América convulsionada por la más grande guerra civil que hubo en la historia del mundo. Las dos vidas se movieron impulsadas por un mismo ideal: grandioso y supremo, que ellos veían muy próximo y alcanzable y que las pasiones de otros hombres, las envidias, las ambiciones de poder, hicieron derrumbar.

Ante todo es preciso recordar que la guerra en América primero fue un choque de partidarios del sistema de las Juntas populares de gobierno, como las que existían en España, y los defensores del Consejo de Regencia instalado en Cádiz. Esta guerra civil que existía en España se trasladó a la inmensidad de América y la cubrió de sangre. El Consejo fue el culpable de haberla convertido en una guerra a muerte. En seguida se hizo internacional. El 9 de julio de 1816, en Tucumán, se proclamó la independencia de las Provincias Unidas de la América del Sur, es decir, de toda América, no solamente del Río de la Plata como se creyó como hasta hace pocos años. Proclamada esta independencia, San Martín planeó la liberación de toda la América hispana. Es un punto no conocido en otros tiempos. El itinerario de su expedición, expuesto en un documento olvidado del Museo Mitre, está confirmado por las fechas: 1816, independencia; 1817, batalla de Chacabuco y liberación de Chile; 1818, batalla de Maipú y destrucción del ejército del Perú. Llegó el año 1819 y sobreviene el 1820, año de la anarquía.

Ahora es preciso destruir una vieja convicción histórica que hasta estos momentos ha sido indiscutida. Pueyrredón —se dice— ordenó a San Martín que repasase la cordillera con el Ejército de los Andes y viniese a combatir a los caudillos. La historia tradicional enseña que San Martín desobedeció la orden. Unos autores la llamaron “desobediencia genial”. San Martín no quería combatir a sus hermanos y prefirió lanzarse a la conquista del Perú. Etcétera. Dos historiadores tan ilustres como Mitre y Vicente Fidel López dedicaron gruesos tomos a dilucidar esta polémica. Esfuerzo magnífico e inútil. La desobediencia no ha existido nunca. En primer término, San Martín no fue llamado para combatir a los montoneros, que nada significaban, sino para hacer frente a los veinte mil hombres que España y la Santa Alianza preparaban en Cádiz para aplastar a los separatistas del Río de la Plata. En segundo término, San Martín no desobedeció. Obedeció y repitió sus órdenes a los jefes de regimientos para que cruzasen la cordillera y se dirigiesen a Mendoza y luego a Buenos Aires. Pero sobre San Martín existía la Logia 0-0 que era la que manejaba la política y la guerra. Esta Logia dispuso que el Ejército de los Andes no repasara la cordillera y se dirigiese al Perú. San Martín renunció, fue reelecto por sus capitanes y la historia es conocida. Libertad del Perú, etcétera.

Llegados a este punto debemos saber algo que en otros tiempos no se decía: la Logia ordenó a San Martín que gobernase hasta que instalase un Congreso y

en ese instante le entregase el mando del Perú. El mismo San Martín repitió muchas veces que gobernaría en el Perú únicamente un año y nada más que un año. Esto demuestra que Guayaquil no fue causa de ninguna renuncia, sino, por el contrario, el escenario del encuentro más famoso y trascendente de la historia de la independencia americana.

Los historiadores de Europa y América han creído, ingenuamente, que la historia de América es exclusivamente la historia de este continente. No es así. La historia de América es la historia de Europa y es preciso conocer esta historia europea en sus intimidades políticas para comprender la historia americana. Esta historia euroamericana no ha sido hecha. Por ello hay tanta incompreensión y desconocimiento. La historia de la independencia del Nuevo Mundo tuvo en su contra y como un gran peligro la Santa Alianza europea. Sabido es que el zar Alejandro I de Rusia creó este pacto sagrado, con un fuerte espíritu religioso, para unir a todas las naciones absolutistas en contra de los países que se inclinaban por los sistemas de gobierno democráticos, republicanos, liberales y constitucionales. Hoy conocemos en sus pormenores la ayuda que Rusia prestó a España para que enviase un ejército de veinte mil hombres a dominar el Río de la Plata y terminar con la independencia de América. Sabemos, también, que en el Brasil había un imperio y que el emperador don Pedro estaba emparentado con los reyes que constituían la Santa Alianza. América, para subsistir como una gran nación, debía formar una Anti Santa Alianza americana. En otros términos: debía ser una sola e inmensa nación o dos o tres grandes naciones, a lo sumo, unidas en federación, que pudiesen hacer frente a cualquier ataque europeo. El ideal de una América unida fue el de Francisco de Miranda, de Simón Bolívar, de San Martín y otros grandes hombres de la independencia. Para colmo, en México, el futuro emperador Iturbide, en el llamado Plan de Iguala, que convino con el virrey español, dejó establecido que Fernando VII reinaría en México con el título de emperador. Si Fernando VII llegaba a América, la Santa Alianza lo habría protegido y nuevos reyes se habrían instalado en otras partes del continente. El partido monárquico tenía incontables partidarios en toda América. En algunos lugares, como en Venezuela, eran más numerosos que los republicanos. Bolívar vio el peligro, no sólo de las monarquías, sino de la influencia que podía tener en América la Santa Alianza europea. Por ello concibió una inmensa nación que debía abarcar las actuales repúblicas de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Chile. A ella podía agregarse la actual Argentina que entonces tenía el nombre de Provincias Unidas y estaban totalmente desunidas sin constituir una nación.

Es preciso que los historiadores contemporáneos y los estudiantes de nuestra América, engañados por una historia falsa y calumniosa, comprendan bien esta verdad. Bolívar quiso formar una inmensa nación para oponerse a lo que pudiese emprender la Santa Alianza y para ello planeó el encuentro con San Martín.

El héroe argentino, por su parte, tenía propósitos comparables. No se habló nunca de los planes políticos de San Martín simplemente porque fueron ignorados. Hasta se le presentó como un hombre que no quería mezclarse en política, que la desdeñaba y sólo pensaba en la guerra. Es otro de los innumerables errores con que se ha escrito la vida de San Martín. Comprendía, lo mismo que Bolívar,

que América no debía disgregarse en muchas y débiles naciones. Separadas eran Estados indefensos. Unidos habrían representado el poder más grande de la Tierra. Bolívar quiso oponer a la Santa Alianza europea una Santa Alianza americana. Por ello empezó a pensar, desde los primeros años de su vida política, en una confederación de naciones americanas que hiciesen frente a la Santa Alianza europea. Fue, en realidad, algo que los historiadores, tanto europeos como americanos, nunca imaginaron ni expusieron: la guerra de dos mundos: el europeo y el americano, el de la antilibertad y el de la libertad. Los únicos hombres, en el mundo americano, que podían realizar este sueño maravilloso de constituir una inmensa nación americana que hiciese frente a cualquier intento antiliberal de la Santa Alianza, fueron San Martín y Bolívar. Es por ello que sus nombres están unidos en esta inmensa aspiración, en este proyecto tan grandioso como no hubo otro en la historia del mundo americano. Sólo conocemos la existencia de un tercer proyecto de Anti Santa Alianza. Fue desconocido a los historiadores hasta que lo descubrí no hace mucho tiempo. Portugal propuso una Segunda Santa Alianza con varios Estados americanos y Gran Bretaña. También debían adherirse algunas pequeñas naciones europeas. Esta Segunda Santa Alianza habría sido un freno a la Grande y Primera Santa Alianza; pero el egoísmo o temor de Gran Bretaña, que lo rechazó, y la incompreensión de Rivadavia, que no quiso tratarlo, lo abandonaron al olvido.

Bolívar dio la batalla de Carabobo el 24 de junio de 1821. Fue un gran triunfo que le permitió pensar en la formación de una grande y nueva nación. El 23 de agosto escribió a San Martín y lo invitó a encontrarse con él para reunir los ejércitos de Colombia y los de Chile. Esta propuesta la hizo saber, en la misma fecha, el director de Chile, Bernardo O'Higgins. Además la confirmó a Santander y a otros políticos amigos. Tenemos, pues, la prueba terminante, indiscutible, de que Bolívar, a poco de haber triunfado en Carabobo, proyectó unir los ejército de Chile, mandados por San Martín, con los de Colombia. Este fue el fin de la entrevista de Guayaquil.

Es obligatorio no volver a pensar en una teoría, anticuada y errónea, que atribuía a la ciudad de Guayaquil el motivo del encuentro de los dos Libertadores para resolver su destino. El desacuerdo de San Martín y Bolívar, según esta teoría, habría significado la renuncia de San Martín. Repito que esta explicación es falsa y debe pasar al olvido. Guayaquil, con el poeta y gobernante Olmedo, quería convertirse en un Estado independiente. San Martín opinaba que había que dejar a los pueblos resolver su destino. Era una doctrina argentina. Bolívar sostenía, con otras razones, que un pueblo no podía desprenderse del resto de una nación sin su consentimiento. Cada cual mantuvo su opinión; pero la divergencia de opiniones nada tuvo que ver en el encuentro de los dos Libertadores. San Martín, antes de encontrarse con Bolívar, le escribió que no tenía ningún interés en Guayaquil. Su opinión, repito, era que el pueblo de Guayaquil podía decidir su destino, pero no quiso intervenir en ese problema que muy poco le interesaba.

Guayaquil ha sido presentado como un gran misterio. Nadie sabía lo que habían hablado y resuelto los dos Libertadores. Cuando San Martín volvió al Perú y entregó el poder al Congreso que acababa de reunirse, se pensó que re-

nunciaba por culpa de Bolívar. Fue el nacimiento de uno de los más graves e insensatos errores de la historia americana. Nuevos documentos, desconocidos a los historiadores del 1880 y años posteriores, han iluminado las aparentes tinieblas. Hoy nada se ignora relacionado con aquel encuentro. Lo tratado en Guayaquil por San Martín y Bolívar estaba resuelto y planeado antes de encontrarse en esa ciudad los dos Libertadores. Vamos a las pruebas incuestionables. San Martín desembarcó en la goleta *Macedonia*, en Guayaquil, el 26 de julio de 1822. Pues bien, un mes y veinte días antes, el 6 de junio de ese mismo año de 1822, Bernardo Monteagudo, representante de San Martín y del Perú, y Joaquín Mosquera, representante de Bolívar y de Colombia, firmaron un tratado que establecía la unión de los dos países: del Perú y de Colombia. El sueño de Bolívar y de San Martín, de formar una gran patria americana, ya estaba firmado y consignado en un tratado. Bolívar, antes de la entrevista, declaró que su próximo encuentro con San Martín en Guayaquil tenía por fin “la unión de los dos Estados”. Es lo que se había establecido en el tratado. San Martín repitió lo mismo: lo que iba a tratar con Bolívar era la federación del Perú y Colombia. Y más aun: recomendó al colombiano Mosquera en Buenos Aires y en Chile para que los dos países se adhirieran a la federación. No hay dudas de ninguna especie que el objeto de la entrevista de Guayaquil fue la unión de Colombia, el Perú y, posiblemente, la Argentina y Chile. Hoy se puede decir que, en Guayaquil, Bolívar y San Martín planearon y convinieron la unión de sus países en una inmensa y sorprendente nación que se habría extendido desde el Atlántico, en Venezuela, hasta el Pacífico en Chile y otra vez el Atlántico en la Argentina. La América hispana habría sido una sola nación, inmensa, rica, poderosa. Esta fue la obra que llevaron a cabo, concluyeron, en un perfecto acuerdo, San Martín y Bolívar en Guayaquil. En esta unión no estuvo ausente Bernardo O’Higgins. Bolívar llamó a esta unión: “El pacto de la salvación”. Así se lo escribió a O’Higgins el 29 de agosto de 1822. Guayaquil fue, no lo olvidemos jamás, “el pacto de la salvación”.

Estamos frente a una resolución de Bolívar y de San Martín de unir la América hispana en una sola nación. Es una resolución que parece un sueño; pero la historia, con otras fuerzas, conspiró en contra. Ante todo existía un hecho secreto, oculto, que Bolívar nunca conoció, que lo sorprendió y exasperó: el alejamiento de San Martín del gobierno del Perú precisamente el año de haberlo asumido. Bolívar no se explicó el porqué. No había razones para que San Martín, al cumplirse un año de su gobierno, dejara el Perú a los peruanos y no continuara la obra de unión que se había planeado. Bolívar no supo jamás que la Logia 0-0 había ordenado a San Martín entregar al Congreso, apenas estuviese constituido, el gobierno del Perú. No sabía tampoco Bolívar que San Martín había prometido gobernar en el Perú solamente un año y dejar de inmediato el Perú a los peruanos. San Martín cumplió lo que le había sido ordenado, lo que había prometido hacer. La llamada renuncia o alejamiento de San Martín, repito, indignó a Bolívar. Desde ese día sus elogios a San Martín se transformaron en palabras que expresaban su sorpresa y su extrañeza. ¿Por qué se había alejado de pronto San Martín, tan repentinamente? Lo que Bolívar murió sin saberlo, lo sabemos, hoy en día, los historiadores que disponemos de papeles que Bolívar nunca vio.

Y sabemos algo más, que Bolívar no supo, pues fueron gestiones semisecretas. Es algo que yo he descubierto y dado a conocer hace corto tiempo: algo que la historia no consignó y que aumenta la biografía de San Martín con un capítulo de enorme trascendencia. Nos descubre que San Martín fue el primer político que pensó organizar el país por medio de un Congreso que uniese a todas las provincias y constituyese una perfecta nación. Merece el título de precursor de la Organización nacional. Las pruebas son muchas y las he publicado en el tomo quinto del Congreso de historia del cuarto centenario de la segunda fundación de Buenos Aires. San Martín trató de organizar en una sola nación las catorce provincias argentinas para que esta nación constituida se uniese a las repúblicas de Chile y del Perú con el nombre de Gran Asociación Argentino-Chileno-Peruana. Nadie, jamás, habló de esta Gran Asociación imaginada por San Martín después de haber entregado el Perú a los peruanos. El simple ciudadano de San Martín, sin ningún cargo oficial, que los historiadores de otros tiempos suponían entregado al reposo, pensando en su retiro a Europa, lejos de toda acción política, era, en cambio, el político de mayores alcances en América: el hombre que organizaba la formación de una nación inmensa cuyo nombre debía ser Gran Asociación Argentino-Chileno-Peruana. El viejo pensamiento suyo y de Bolívar, de una América unida, no lo había abandonado. Vivía en él y, no bien obedecido el mandato de la Logia 0-0 de entregar el poder al Congreso del Perú no bien estuviese constituido y no gobernar más de un año, se consagró, con todas sus fuerzas, a la creación de esa inmensa nación.

Los trabajos y esfuerzos que realizó San Martín para llevar adelante este propósito fueron muchos y complejos. Los he detallado y sólo repetiré una breve síntesis. Buscó dinero por medio de un préstamo. Instaló una fábrica de uniformes para el ejército que pensaba formar. Encomendó al peruano Gutiérrez de la Fuente que recorriese las provincias argentinas para obtener de ellas cien o doscientos hombres con que organizar su ejército. El general Rudecindo Alvarado estaba totalmente, con sus cinco mil hombres, a las órdenes de San Martín. "Usted sabe —le decía— que este ejército es suyo". San Martín, simple particular, disponía de este ejército y preparaba una expedición, desde Salta, en contra de los españoles del Alto Perú. El ministro plenipotenciario del Perú era su garante en el préstamo. El director de Chile, Bernardo O'Higgins, estaba en un todo de acuerdo con este plan. Sólo había un hombre que se oponía a la organización de la nación y a la formación del ejército con que San Martín habría puesto fin a la guerra con España mucho antes de Ayacucho y Tumusla. Era el ministro de Martín Rodríguez, Bernardino Rivadavia. El odio de Rivadavia a San Martín databa del mes de octubre de 1812 en que San Martín, Alvear y otros jefes habían derribado el Triunvirato de Rivadavia, Pueyrredón y Chiclana. Era un odio que el tiempo había aumentado y que se manifestó en todo su horror cuando el enviado de San Martín, Gutiérrez de la Fuente, pidió en la Legislatura una ayuda pecuniaria con la cual mantener a los hombres que daban las provincias en su viaje hasta Salta. Rivadavia se opuso. Mientras hablaba, por la rabia, tenía la boca llena de espuma. Todos los representantes, excepto uno, apoyaron a Rivadavia y negaron a San Martín la más insignificante colaboración. El único representante que defendió a San Martín fue el doctor Esteban Agustín Gascón. Sin dinero, el

ejército que había empezado a formarse se puso en marcha hacia el norte, pero pronto se deshizo y sus integrantes se dedicaron al pillaje. Todo se hacía imposible. Sólo el general Alvarado se decidió a dar una última batalla en contra de los españoles. Combatió en Torata y en Moquegue. Fue vencido y el general Canterac pudo escribir al virrey que el ejército de los libertadores del Sud había quedado reducido a la nada. Al mismo tiempo, una revolución en Chile, organizada por Freire, dio por tierra con O'Higgins, que tuvo que salvarse en el Perú. San Martín, con el Congreso de Córdoba disuelto por Rivadavia, con O'Higgins refugiado en el Perú, con el ejército de Alvarado destruido, nada pudo hacer por la formación de la Gran Asociación Argentino-Chileno-Peruana. El sueño grandioso de terminar la guerra en el Alto Perú y constituir la nación más grande de América se esfumó para siempre. Fue entonces cuando San Martín se revolvió a vivir en Europa y a no volver a un continente donde el federalismo, en vez de unir a los pueblos, los desunía y convertía en enemigos. Esta es la historia de los extraordinarios planes políticos de San Martín después de Guayaquil y de las razones que lo indujeron a abandonar nuestra América.

Bolívar, el amigo y el compañero de las grandes ilusiones de Guayaquil, vio su esperanza de una grande América deshacerse cruelmente en las manos de los demagogos y de los políticos federalistas, contrarios al centralismo. Fue más ardua su lucha contra ellos que con los españoles. Terminada la guerra de la independencia, toda América se cubrió de federalistas. Fue un mal, una epidemia política, que deshizo la soñada unidad del continente hispano. El federalismo que en los Estados Unidos de Norte América servía para unir, en la América hispana sólo servía para desunir. Bolívar veía crecer con espanto este mal que anulaba las naciones, que las dividía, que las subdividía en provincias y que convertía a las ciudades y aun a los pueblos más insignificantes en proyectos y realidades de naciones absurdas, sin habitantes, sin riqueza, sin posibilidades de ser un Estado o una nación. Era una locura colectiva que llevaba a los pueblos a extremos nunca soñados en la historia política de la humanidad. No se ha hecho la historia de este estado social, político y económico del federalismo disolvente hispanoamericano. Sus fuentes ideológicas eran el principio cristiano de que todos los hombres nacen libres e iguales y cada pueblo tiene el derecho de gobernarse por sí mismo. La autodeterminación, el autogobierno de los pueblos, llevaba a estos extremos. Los congresos no ratificaron el tratado de San Martín y Bolívar que unía Colombia, el Perú y Chile en una sola nación. Los planes de los dos Libertadores, de constituir una América unida e inmensa, fueron mirados con desprecio. Cada ciudad pretendía gobernarse como una nación. Además, otra complicación mientras unos pueblos se pronunciaban por el republicanismo y el federalismo, otros pueblos tenían enormes cantidades de políticos que aspiraban a instaurar monarquías o imperios. Fueron innumerables los políticos que ofrecieron coronas a Bolívar y que él rechazó. Hasta San Martín era partidario de monarquías que pusiesen fin al federalismo disolvente, disgregador, que tanto daño hacía a la unidad americana.

Venezuela se separó de Colombia. El Ecuador se constituyó en otra república independiente. El Perú, tan protegido por Bolívar, detestó a los colombianos. Primero Riva Agüero, después Torre Tagle, todos los gobernantes peruanos

no querían ser mandados por colombianos ni venezolanos. Algunos preferían traer nuevamente a los españoles. El caos se hacía cada día más incomprensible. El Perú terminó por declarar la guerra a Colombia. Los antiguos hermanos, en la lucha por la independencia, se combatían a cañonazos. Bolívar vivía desesperado. Monárquicos obtusos, federalistas disolventes, odios de venezolanos, de colombianos, de ecuatorianos, de peruanos. Olvido de Bolívar en Chile que debía hacer frente a sus problemas internos. Guerras civiles en las catorce provincias del Río de la Plata. Anarquía, insensatez, ambiciones, ansias de mando, guerra continua, pobreza, caos político y económico, peligro del Brasil, que avanzaba en Chiquitos, asesinato del mariscal Sucre en las montañas de Berruecos, amenazas de la Santa Alianza que podía ayudar al Brasil en su guerra contra Buenos Aires. Para colmo, las ideas liberales, de autogobierno de los pueblos, que dominaban en las Provincias Unidas del Río de la Plata, decidieron al Congreso argentino a no intervenir, a no impedir, los deseos de unos políticos del Alto Perú de convertir su tierra en una república que llevase el nombre de Bolívar. Esta impasibilidad argentina o inconcebible indiferencia del gobierno de las Provincias Unidas nadie ha sabido explicarla. No era temor en un pueblo que estaba dispuesto a enfrentar el imperio del Brasil. Era un principio político que tenía algo de sagrado. Lo demuestran los debates que hubo en el Congreso hasta que se sancionó, en 1825, la llamada Ley fundamental. La he analizado en sus orígenes y es de asombrar a cualquier estudioso. Nada hay semejante en la ciencia política. La Ley fundamental dispone que cada provincia argentina es libre y dueña de enviar sus diputados al Congreso o no enviarlos, de aceptar la Constitución que se apruebe o no aceptarla, de formar parte de la federación, de la nación que algún día se constituiría o convertirse en un Estado independiente, sin ninguna relación con ella. Cada provincia era un Estado independiente sólo unido a los demás por la voluntad de su gobernador. No era solamente un pensamiento argentino. Era el fundamento de todos los federalistas del continente. Si una ciudad, si una provincia, quería convertirse en una nueva nación, allá ellos: nada ni nadie debía ni podía impedirlo. A estos extremos se había llegado. Bolívar censuró, en un principio, el decreto de Sucre que autorizaba una asamblea para declarar la independencia del Alto Perú. Luego estuvo asombrado. Ni la Argentina ni el Perú se oponían a los deseos de los pueblos altoperuanos. Parecía cosa de locos. El Uruguay, en cambio, quiso incorporarse a las Provincias Unidas. Estas aceptaron la incorporación y también la guerra que les declaró el imperio del Brasil.

El gobierno de Buenos Aires buscó la alianza de Bolívar en contra del Brasil. Para ello envió al Alto Perú una misión compuesta por el general Alvear y el doctor Díaz Vélez. También debían tratar la reincorporación de Tarija. Los delegados argentinos quedaron asombrados de la simpatía que Bolívar demostró por las Provincias Unidas. En todo momento estuvo dispuesto a ayudar a la Argentina, pero los congresos de Colombia y del Perú no se mostraron dispuestos a entrar en una guerra en contra del Brasil y, posiblemente, de la Santa Alianza. Incomprensiones, temores, razones difíciles de deducir. Bolívar también pidió a los delegados argentinos que le permitiesen invadir el Paraguay para derrocar al dictador Francia y libertar al sabio Aimé Bonpland. La Argentina no lo autorizó a que invadiese el Paraguay y lo pusiese en sus manos. Había que respetar



su autonomía. Bolívar quedó frenado en sus propósitos de colaborar con la Argentina en su guerra contra el Brasil y en su deseo de darle el dominio del Paraguay. Todo parecía absurdo e inexplicable. Era el resultado de los federalismos, de las autodeterminaciones de los pueblos.

La Santa Alianza temió una guerra con América. Los políticos afeminados del antiguo Congreso de Viena, empezando por el príncipe de Metternich, hombre de alcobas y de intrigas, los generales que nunca habían cruzado el mar, no se atrevieron a penetrar en las selvas americanas, a remontar sus ríos infinitos y a enfrentarse con guerreros que habían vencido a los vencedores de Napoleón. Además, Bolívar había convocado a los pueblos americanos en el Congreso de Panamá para formar una Santa Alianza americana. Era el desafío de América a Europa, la permanente guerra de dos mundos. El Congreso de Panamá inquietó a Europa. Pero en América no tuvo el apoyo de todas las naciones. La Argentina, en guerra con el Brasil, en la cual nadie la había ayudado, no pudo enviar un delegado. Otros países lo miraron con indiferencia. Chile no se molestó en atenderlo. Fue un sueño que tuvo pocos efectos. Pero su idea, su propósito, no ha muerto ni morirá en América. Es un ancla de salvación a la cual siempre podremos acudir si la pobre Europa se atreve a atacarnos. Hemos visto, en la guerra de las Malvinas, cómo todas las naciones del Nuevo Mundo, excepto una que traicionó la doctrina de Monroe, apoyaron a la Argentina en su justo reclamo de las Malvinas. Bolívar, desesperado, veía cómo América se desgarraba en tantas naciones, cómo los demagogos y los federalistas envenenaban la política y la convertían en un negocio personal, en un encumbramiento individual. La política servía a los egoístas, no a los nacionalistas, ni a los americanistas. Por ello, poco antes de morir, escribió a un amigo que América era un país ingobernable, que todo lo que se había hecho era arar en el mar y que lo mejor que se podía hacer era emigrar. No pudo emigrar. La bilis nerviosa lo llevó a la tumba, en Santa Marta, en la casa de un español, cuando tenía cuarenta y siete años de edad. San Martín envejecía y su vista se nublaba cada vez más en las tristes ciudades de la vieja Europa. El sueño de los Libertadores, de los más grandes amigos de la independencia americana, se había esfumado. América, como decía Bolívar, era un tumulto. No soñaron, aquellos hombres, que sus ideas no morirían como sus cuerpos, que sobrevivirían a las luchas de los políticos y serían, siempre, la más pura esperanza, el más sublime ensueño de los pueblos americanos.

Cuando el norte de la América del Sud estaba dominado por las fuerzas absolutistas españolas, los hombres del Congreso de Tucumán, impulsados por San Martín y Belgrano, proclamaron la independencia de las Provincias Unidas de la América del Sud, es decir, de toda la América Hispana. Era el 9 de julio de 1816. En esos momentos, Bolívar vivía en la isla de Haití, protegido por el presidente negro Petión. El nuevo director de las Provincias Unidas, Juan Martín de Pueyrredón, escribió al presidente Petión para agradecerle la protección que daba a Bolívar. Es un documento desconocido que la Argentina envió a Venezuela para ser exhibido en el Congreso del bicentenario del nacimiento de Bolívar. Es el primer testimonio de la amistad de la Argentina y Venezuela.

Cuando en Buenos Aires se supo la muerte de Bolívar, en 1831, el gobierno decretó exequias solemnes al general Bolívar y al gran mariscal Sucre. El decreto

fue autorizado por el ministro doctor Tomás Manuel de Anchorena, antiguo secretario de Belgrano y firmante del acta de la independencia. El Dean Diego Estanislao Zavaleta evocó a Bolívar en la catedral con una emocionada oración fúnebre. El dean Gregorio Funes era el encargado de negocios del Perú y de Colombia.

Cuando se cumplió el primer centenario del nacimiento de Bolívar, el 24 de julio de 1883, el presidente de la Argentina, general Julio A. Roca, con sus ministros, se asoció a las fiestas conmemorativas. Ese día fue declarado feriado. La bandera argentina fue izada en todos los edificios públicos. Los fuertes, baterías y buques de la armada hicieron las salvas de ordenanza. El día fue solemnizado con repiques de campanas en las iglesias de todo el país. Las tropas desfilaron frente a la pirámide de Mayo. Todos los gobernadores de provincia se asociaron a esa manifestación. El gobierno nacional se dirigió al de Venezuela para expresarle la simpatía con que el pueblo y las autoridades del país habían celebrado el centenario. El ex presidente de la Cámara de diputados, doctor Miguel Navarro Viola, rememoró en la tribuna parlamentaria las glorias de Bolívar. El intendente de Buenos Aires, don Torcuato de Alvear, hijo de Carlos de Alvear, amigo de Bolívar, dispuso los mayores festejos en honor de Bolívar. Los diarios dedicaron artículos al gran venezolano. Las escuelas lo evocaron y los poetas lo cantaron. Un libro, titulado *El Centenario de Simón Bolívar en la República Argentina*, editado en ese año de 1883, recogió estos testimonios y reprodujo documentos bolivarianos. En la provincia de Buenos Aires se fundó una ciudad con el nombre de Bolívar. En la Argentina no había entonces más que cuatro ciudadanos venezolanos. Uno de ellos era el eminente médico Rafael Herrera Vegas, padre del doctor Marcelino Herrera Vegas que fue muy querido amigo mío y colega en la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Cuenta el señor Augusto Mijares que en aquellos momentos la república de Venezuela no tenía una legación diplomática en la Argentina. El doctor Herrera Vegas era contrario político del presidente Guzmán Blanco, que gobernaba entonces en su país. No obstante, asumió la representación de su patria y recibió en su lujosa casa a las autoridades argentinas y a la sociedad de Buenos Aires como si hubiese sido ministro de su país. El doctor Herrera Vegas regaló a la Academia de Medicina de la Argentina el terreno donde hoy se levanta su magnífico palacio.

Cuando la ciudad de Bolívar cumplió cincuenta años de vida, en 1933, los celebró con grandes festejos. El ministro plenipotenciario de Venezuela en la Argentina, doctor Pedro César Domínici, organizó unos juegos florales y me hizo el honor de designarme miembro del jurado. Fueron premiados importantes trabajos históricos y bellas composiciones poéticas. Los premios fueron entregados en la ciudad de Bolívar y los trabajos se publicaron en un magnífico volumen. El doctor Pedro César Domínici fue uno de los literatos de mayor renombre en América. Autor de novelas exquisitas, como *Dyonisios*, una evocación de la antigua Grecia, y de ensayos de crítica literaria como *Tronos vacantes*, murió en nuestra tierra. Poco antes fue declarado cesante por su gobierno. Los escritores argentinos le dieron un gran banquete en el cual habló, en primer término, Ricardo Rojas. Yo no olvidaré su bondad, su talento y su preciosa amistad. Su señora era una exquisita dama española. El doctor Pedro César Domínici merece

ser recordado en su patria y en la Argentina con un homenaje de admiración y gratitud. Fue uno de los diplomáticos que más trabajaron por la unión de la Argentina y Venezuela. Sus libros honrarán siempre las letras del continente hispano.

América es tierra de poetas e historiadores. Mucho se ha cantado a Bolívar en todas sus naciones y mucho se ha escrito sobre su vida y problemas discutibles de su historiografía. Lo mismo ha ocurrido con San Martín. Los dos Héroes se han visto envueltos en la incomprensión y en las interpretaciones equivocadas. La culpa fue de una falta de documentación completa y luminosa. Por ello la bibliografía bolivariana y sanmartiniana es tan extensa y no siempre aprovechable. Por cada cien libros de repeticiones vulgares hay uno que merece ser meditado. Hace más de cincuenta años que dedico mi vida a estos estudios. He ido siempre a las fuentes y he buscado la verdad con constancia y con amor. En muchos casos yo fui el primer sorprendido al descubrir hechos que cambiaban radicalmente lo que se suponía definitivamente logrado. La historia de Bolívar y de San Martín ha cambiado en algunos puntos con mis investigaciones. He tenido polémicas y creo haber demostrado lo que fue y no lo que se pretendía que fuese. Los antiguos enemigos los he visto como insuperables amigos. La historia dividida he comprobado que era y es una única historia. Los dos grandes hombres tuvieron un solo ideal: el de hacer de América una inmensa nación. Fueron los constructores de un mundo como no habría habido otro en la historia de la humanidad. Ningún otro político de la Tierra tuvo ideas tan grandiosas y positivas. La federación que establecía el Congreso de Panamá habría podido cambiar la historia de nuestro continente. Por algo los artistas que esculpieron sus monumentos, en Buenos Aires, Guayaquil y en otras ciudades, los pusieron frente a frente, como amigos y hermanos. Simbolizaron los hacedores de la América independiente, del presente y del futuro. Y si algún día, en el porvenir, su sueño se realizara, nuestra América hispana regirá los destinos del planeta. Son palabras de Bolívar y San Martín.